



UNIVERSIDAD DE CHILE
Facultad de Filosofía y Humanidades
Departamento de Filosofía

EL HOMBRE EXTERIOR EN SAN AGUSTÍN

Aportes del pensamiento agustiniano para una filosofía del cuerpo

Tesina para postular al grado de Licenciado en Filosofía

OSCAR NICOLÁS MESINA RUBIO

Profesor guía Pamela Chávez Aguilar

Santiago de Chile

2012

AGRADECIMIENTOS

A mis padres Oscar y María, a mi hermana Alejandra,
a mi Prof. Pamela Chávez Aguilar,
y sobre todo mi gratitud a Dios Altísimo
y a la Bienaventurada Virgen María.

INDICE

AGRADECIMIENTOS.....	2
INDICE.....	3
ABREVIATURAS DE OBRAS DE SAN AGUSTÍN.....	4
RESUMEN.....	5
INTRODUCCIÓN.....	6
CAPITULO I	
EL HOMBRE EXTERIOR EN SAN AGUSTÍN.....	9
CAPITULO II	
FUNDAMENTACION DEL VALOR DEL “HOMBRE EXTERIOR”	21
2.1. La Encarnación del Verbo.....	22
2.2. La incorporeidad del diablo.....	25
2.3. Responsabilidad del alma sobre el cuerpo.....	28
CONCLUSIÓN.....	35
BIBLIOGRAFIA.....	40

ABREVIATURAS DE OBRAS DE SAN AGUSTÍN

De ag. christ. *De agone christiano*

Civ. Dei *De civitate Dei*

Conf. *Confessiones*

De Trin. *De Trinitate*

De v. rel. *De vera religione*

De cont. *De continentia*

RESUMEN

Esta investigación busca reconocer elementos de la filosofía agustiniana que puedan ser aportes para una filosofía del cuerpo. Desde la reflexión de algunos escritos de san Agustín de Hipona, se quiere tomar ideas y conceptos específicos que nos revelen el sentido del cuerpo humano, y en un análisis posterior, su vinculación con la filosofía. La investigación está dividida en dos capítulos: en el primer capítulo se presentan las características del hombre exterior en san Agustín, desde su estructura hasta sus funciones. En el segundo capítulo, se plantea la fundamentación agustiniana del valor del cuerpo humano y su vinculación con el alma. Con estos elementos a la vista, se dan pasos para aproximar a san Agustín a la construcción de una filosofía del cuerpo, o más allá, desde el cuerpo.

ABSTRACT

This research seeks to recognize elements of Augustinian philosophy which can be a contribution to understand the philosophy of the body. From the deliberation of some works of Augustine of Hippo, we attempt to take specific ideas and concepts that reveal the meaning of the human body, and subsequently, its connection with philosophy. The research is divided into two chapters: the first chapter introduces the characteristics of the outer man in St. Augustine's writings, from its structure to its functions. The second chapter contemplates the Augustinian foundation of the value of human body and its correlation with the soul. Considering all this factors, we try to approximate St. Augustine to the construction of a philosophy of the body - or going further - from the body.

INTRODUCCIÓN

Cuando nos internamos en la filosofía agustiniana y en sus estudios posteriores, notamos que un tema bastante tratado es el del “hombre interior”, aquel mundo donde el hombre se reencuentra consigo mismo, y descubre el sentido y la verdad de su existir: el re-encuentro con su Creador por medio de la trascendencia.

Durante años distintas líneas de pensamiento le han dado al cuerpo el lugar de la prisión, del pecado, de los bajos instintos, etc. Visiones que marginan al cuerpo y lo miran con desprecio, sin hacerlo partícipe de la realidad del hombre.

Un papel importante tiene la corporalidad en la búsqueda de la trascendencia, pues en ella el hombre se reconoce a sí mismo, en tanto se considera como imagen de Dios, y poseedor en su cuerpo de vestigios del Dios Trino. La conciencia del hombre, de ser sí mismo parte del género humano, se inicia en el descubrimiento de su integridad, considerada como la unidad de lo interno con lo externo, y pensado así por Dios; este hombre es amado en su unidad, su plenitud está en la unión del alma y cuerpo como uno solo.

El cuerpo en nuestra vida cotidiana es fundamental, con él dormimos, despertamos, comemos, sentimos, etc. Ciertamente, nuestra cotidianeidad es una constante interacción entre el cuerpo y el alma. Lo que nos ayuda a sentir, a comprender, a generar una opinión, es aquello que recibimos del cuerpo. Considerando esto, hemos pensando en que para la reflexión filosófica, una gran ayuda es el cuerpo. A partir de éste tenemos una oportunidad para adentrarnos en la contemplación de lo inmutable.

Para esto, nos hemos adherido a la filosofía agustiniana, donde en una venturosa empresa, el autor nos comparte elementos que nos demuestran la importancia y valor del cuerpo, no solo en cuanto a instrumento, sino como parte de la naturaleza humana, un parte sumamente importante, pues constituye lo sintiente en el hombre.

Al momento de pensar en qué tema investigar, pensamos en algo que tuviese proximidad al hombre, algo cotidiano, algo necesario e íntimo a él. Creemos que desde el cuerpo, el hombre puede tener una aproximación a la filosofía, a la reflexión sobre su ser, y así ir escalonando hasta llegar a la búsqueda de la Verdad Eterna, y de la contemplación de lo inmutable en su mundo interior.

En este sentido, creemos que san Agustín tiene mucho que aportar a la reflexión actual, sobre todo en la filosofía del cuerpo. Siendo uno de los filósofos que ha defendido el cuerpo desde el cristianismo, nos llama la atención la seguridad con la que san Agustín expone sus fundamentos, y los desarrolla. Si bien, gran parte de la fundamentación está en las Escrituras y en la tradición de la Iglesia, hemos encontrado un hilo común que se puede considerar basado en la razón humana. Podríamos decir, que en la filosofía agustiniana, se va construyendo conjuntamente desde el cristianismo y la razón común en el ser humano.

Esto nos interesa con mayor curiosidad, pues desde el pensamiento cristiano primitivo, el cuerpo no es un elemento considerado de manera muy positiva. Con san Agustín, el cristianismo puede entrar en el diálogo más profundo con las corrientes filosóficas que analizan el cuerpo, y porque no decirlo, quizás podemos encontrar en esos aportes un atisbo de lo que sería una Teoría de la Vida en la filosofía agustiniana. La descripción del hombre exterior y del hombre interior, y su identificación como un solo hombre y una misma naturaleza

humana, nos llevaría al análisis más pleno de lo que es la vida humana para san Agustín.

En este trabajo de investigación, dividido en dos capítulos, queremos profundizar en el sentido del ser humano, pero poniendo atención en lo que san Agustín llama “hombre exterior”, y no porque sean dos hombres, sino para poder explicar su pensamiento. Pero es más interesante aún que le llame hombre, asemejándolo y unificándolo con el “hombre interior”. Por una parte conoceremos qué es el hombre exterior para san Agustín, para luego analizar los fundamentos que le dan valor. Queremos comprender el sentido de lo que se llama hombre exterior en el pensamiento agustiniano, y su aporte para la filosofía actual, que claramente es entrar en un diálogo profundo para que el hombre vuelva a preguntarse por sí mismo, incluso de lo más externo que tenemos, pero lo que más nos asemeja a los demás: el cuerpo.

I. EL “HOMBRE EXTERIOR” EN SAN AGUSTÍN.

“Es el cuerpo algo más que un simple adorno o un instrumento.”

(San Agustín, Civ. Dei, I,XIII)

En esta primera sección queremos atribuirle al “hombre exterior” ciertas características, sobre todo que nos ayudarán a diferenciarlo del “hombre interior”. En este sentido, cabe señalar que para san Agustín no existen dos hombres distintos en uno solo, o dos elementos separados en una sola identidad, muy al contrario, hombre exterior y hombre interior forman al hombre como tal. Podríamos decir que uno es la consecución del otro en la estructura del ser del hombre. Para san Agustín es muy importante esta característica de unicidad en el hombre, puesto que hay un solo hombre, y la diferenciación entre exterior e interior sirve a nuestro entendimiento para mencionar lo que le asemeja a las bestias y lo que le asemeja a los ángeles. *“En cambio, al hombre lo dotó de una naturaleza en cierto modo intermedia entre los ángeles y las bestias” (San Agustín, Civ. Dei, XII, XXI)* Encontramos al hombre en un punto intermedio entre el instinto guiado por las pasiones y la razón iluminada por la sabiduría.

Para fundamentar y comprender la importancia del cuerpo u hombre exterior para san Agustín, y aún más allá, el valor que tiene éste para la reflexión filosófica actual, hemos extraído algunas características que el pensamiento agustiniano atribuye al cuerpo. Estas nos darán el suelo fundamental para exponer posteriormente su importancia. El cuerpo humano tendría las siguientes características: posee diversidad de partes, unidad de sus partes, forma o especie, sentidos corporales, es temporal y espacial.

Las tres primeras características se complementan entre sí:

“...No porque el cuerpo sea nada, pues también él tiene su cohesión de partes, sin la cual no puede existir. Luego también es autor del cuerpo el que es fundamento de toda unión. Todo cuerpo posee como cierto reposo de forma, sin el cual no existiría. (...) Los cuerpos poseen igualmente su forma o especie, sin la cual no serían lo que son.” (San Agustín, De v. rel., XI, 21)

El cuerpo es la *unidad de distintas partes* o miembros, que vinculadas forman al hombre exterior. Esta unidad y diversidad de partes nos revela el sentido de orden y armonía establecido en aquello creado, que nos da destellos de la naturaleza misma del hombre.

Si pusiéramos en un plano al hombre exterior en su completa estructura, nos daríamos cuenta que la funcionalidad y complementariedad de los distintos órganos, sentidos, miembros, etc. tienen su proyección en la creación misma, donde la armonía y el orden, infunden en el hombre el sentido por buscar la Verdad Eterna, sujeto a la sabiduría de su razón. *“Luego en sus mentes se reconoce una naturaleza común; en sus cuerpos se representa la diversidad de funciones de esta misma mente.” (San Agustín, De Trin., XII, VIII, 13)*

Las distintas partes del cuerpo no vienen solo a dar orden y armonía, sino más bien, cumplen una función de utilidad para la vida biológica del hombre. La propia cohesión o *unidad entres sus partes*, encuentra su fundamento en Dios, la unidad misma. En este sentido, se puede reflejar también la unidad querida por Dios entre quienes forman el género humano.

Para san Agustín, el cuerpo es un bien, por cuanto es sustancia creada, y su “estar formado” le hace partícipe del orden ya establecido con un propósito salvífico. Así lo escribe:

“Porque es un bien el estar ya formado, y algún relieve de bien la misma capacidad de forma; luego el mismo autor de los bienes, dador de toda

forma, es el fundamento de la posibilidad de su forma. (...) Todo lo formado, en cuanto está formado, y todo lo que no está formado, en cuanto es formable, halla su fundamento en Dios.” (San Agustín, De v. rel., XVIII, 36)

En su estado primero, el cuerpo contiene la excelencia de su Hacedor reflejada en su forma. La *forma* nos remite a una estructura específica, viniendo de Dios esta característica, podemos interpretarla como la contención de esta variedad de partes en un solo organismo. Esta forma dada por Dios, y querida por El, para darle la categoría de bien al cuerpo, nos proyecta también en el sentido salvífico que ve san Agustín en el obrar del hombre. Es bueno que consideremos la cita bíblica que caracteriza al hombre como “*imagen y semejanza de Dios*”¹, para san Agustín no se refieren a lo corpóreo ni tangible, sino más bien, a lo que conforma al hombre interior. “*El hombre fue creado a imagen de Dios, no según su forma corpórea, sino por su alma racional...*” (San Agustín, De Trin., XII, VII, 12)

La forma es la que contiene la estructura biológica del hombre y le hace parte de la especie humana, pues con estas características se asemeja exteriormente a los demás hombres, y da un primer atisbo de su diferencia con las bestias. “[...] *estando los humanos entre sí ligados no sólo por la identidad de naturaleza, sino por vínculos afectivos de parentesco.*” (San Agustín, Civ. Dei, XII, XXI) San Agustín hablará posteriormente en otros textos sobre la unión y consanguineidad que comparten los seres humanos, este vínculo nos conduce a la responsabilidad de unos con los otros, incluso en el sentido salvífico que mencionamos en el párrafo anterior. Esta característica de unidad de la raza humana, será potenciada en la redención del hombre a través de Cristo, pues en el sacrificio único del Mesías, se redime al género humano caído.

¹ “*Hagamos pues al ser humano a nuestra imagen, como semejanza nuestra (...) Creó, pues, Dios al ser humano a imagen suya*” (Génesis 1,26 – 27)

Otra característica primordial de la forma o especie en el hombre, es el estar erguidos, con la cabeza hacia el cielo. Una representación de lo que es la realidad del alma, en conjunto con el cuerpo, dirigidos hacia el cielo, hacia la Verdad Eterna. En san Agustín, comprobamos ese enlace que nos comunica con nuestro propio ser, y que de lo más íntimo del hombre, busca encontrarse con Dios:

“Pero así como nuestro cuerpo está naturalmente erguido, mirando lo que hay de más encumbrado en el mundo, los astros, así también nuestra alma, sustancia espiritual, ha de flechar su mirada a los más excelso que existe en el orden espiritual, no con altiva soberbia, sino con amor piadoso de justicia.” (San Agustín, Civ. Dei, XII, I, 1)

Esta vinculación que identifica al alma y al cuerpo como una misma estructura en el hombre, o mejor dicho, el mismo organismo que constituye al hombre en sí, nos hace comprender la importancia de la participación conjunta en la vida del varón y la mujer.

Nuevamente, san Agustín nos indica la importancia de la unicidad en la naturaleza humana, incluso, nos da un ejemplo de sobremanera acertado: la muerte. Ese cruel desgarrar que separa lo que en el proyecto divino tenía armonía y complicidad, pero que por la desobediencia primera², es separado:

“La misma fuerza que desgarrar lo que había estado unido y como entrelazado en el ser viviente, produce, mientras se prolonga su acción, una sensación dura y contra la naturaleza, hasta perder toda la sensibilidad que existía por la unión del alma y la carne.” (San Agustín, Civ. Dei, XIII, VI)

² El pecado de Adán y Eva en el Paraíso es lo que trae la corrupción al género humano, y con ello la muerte. Esto hace necesaria la restauración del hombre, para volver a recrear esa unidad perfecta querida por Dios.

Esta unión querida por Dios, sería restaurada en la figura del hombre resucitado al final de los tiempos.

Decíamos que existe una comunicación entre el hombre exterior y el hombre interior, la que se ve potenciada por los sentidos corporales que percibimos por nuestros sentidos. Una característica que marcará profundamente la utilidad del cuerpo son *los sentidos corporales*.

“En efecto, los ojos dicen: Si son coloradas, nosotros somos loas que las hemos noticiado. Los oídos dicen: Si hicieron algún sonido, nosotros las hemos indicado. El olfato dice: Si son olorosas, por aquí han pasado. El gusto dice también: Si no tienen sabor, no me preguntéis por ellas. El tacto dice: Si no es cosa corpulenta, yo no la he tocado, y si no la he tocado, no he dado noticia de ella.” (San Agustín, Conf., X, X, 17)

Ellos nos ayudan, si el hombre los utiliza con buena voluntad, a internarnos en la búsqueda de la sabiduría y el descubrimiento de la verdadera inteligencia. Todo cuanto podamos percibir por los sentidos corporales llega a nuestra alma en dos grados bien definidos: a la razón ocupada en la ciencia o a la razón ocupada en la sabiduría:

“Acostúmbrese a descubrir vestigios de lo espiritual en el mundo corpóreo, para que, al iniciar la ascensión a las cumbres, guiado por la inteligencia, llegue hasta la misma verdad incommutable, por la cual fueron hechas estas cosas, y no lleve consigo a las vetas lo que despreció en la hondonada.” (San Agustín, De Trin., XII, V, 5)

Al percibir los estímulos, sensaciones, visiones, texturas, etc., que recibimos de lo exterior por medio de los sentidos, esta información puede llegar a dos puertos: uno es la razón como ciencia, que se dedica a su contemplación y estudio. Esta razón como ciencia, se queda limitada a lo que recibe de los sentidos, y es lo que limita al hombre exterior del interior, así lo expresa san Agustín: “[...] allí donde principiemos a vislumbrar algo que no sea común con

los brutos, allí empieza la razón y puede reconocerse al hombre interior.” (De Trin. XII, VIII, 13) Si bien, esta ciencia tendría participación en el hombre interior, será indudablemente la puerta de conexión con el mundo corpóreo. “[...] aquella parte de la razón a la que pertenece la ciencia, esto es, el conocimiento de las cosas temporales y mudables, necesarias para desempeñar las funciones de esta vida.” (San Agustín, De Trin., XII, 17)

Comprendemos, entonces, la importancia de esta ciencia para la vida cotidiana del hombre: es la puerta de contacto con nuestra realidad temporal más próxima. “[...] así como el hombre interior está dotado de inteligencia, el hombre exterior está dotado de sentidos corporales.” (San Agustín, De Trin., XI, I, 1)

El otro puerto es la razón como sabiduría, lo más interno en el alma del hombre. Donde se ejerce la contemplación de lo inmutable, intangible y eterno. En esto nos asemejamos a los ángeles, la capacidad de atender a los deseos más íntimos y propios del hombre, que es buscar la felicidad, la verdad, su propio ser. Esto es el reflejo primitivo de la búsqueda de Dios. Así, san Agustín nos presenta las diferencias entre la razón-ciencia y la razón-sabiduría: “Sin embargo, la acción que nos lleva a usar rectamente de las cosas temporales dista de la contemplación de las realidades eterna: ésta se atribuye a la sabiduría, aquélla a la ciencia.” (San Agustín, De Trin., XII, XIV, 22)

Estas atribuciones de los sentidos, van dominadas por la razón, la que siguiendo la prudencia las utiliza para la búsqueda de la vida en Dios como los ángeles, o siendo esclavos de la necedad, se queda estancado en sus afecciones y pasiones comunes a las bestias. “Formó, pues, Dios al hombre a su imagen. Dotó su alma de cualidades tales que por su razón e inteligencia fuera superior a todo animal terrestre, acuático y volador, desprovistos de un espíritu como el suyo.” (San Agustín, Civ. Dei, XII, XXIII) Ciertamente, la

importancia de los sentidos corporales es fundamental en el momento de distinguir las funciones del hombre exterior y del hombre interior. Si bien, hacen usos distintos de lo que reciben del cuerpo y sus sentidos, se debe entender esto como un movimiento conjunto, donde se privilegian las inclinaciones de la voluntad de cada hombre, ya sea para su bien o para su mal.

El cuerpo no tiene un dominio de sí mismo, pues como dijimos, para san Agustín existe una estructura única de lo que es el hombre. Los movimientos y acciones del hombre, son mandados por la razón, ya sea como ciencia o como sabiduría. Esta es la responsabilidad del alma sobre el cuerpo:

“El sentido del cuerpo percibe las cosas corporales; las espirituales, inconmutables y eternas, las conoce la razón, que se aplica a la sabiduría. El apetito se acerca a la razón, que se orienta a la ciencia, pues la ciencia llamada de acción raciocina sobre los objetos corporales que el sentido del cuerpo percibe; y será bueno su razonar si refiere este conocimiento al fin de un bien sumo: malo, si el alma se propone gozar de estos bienes para descansar en su felicidad mentirosa.” (San Agustín, De Trin., XII, XII, 17)

El hombre nunca está ajeno a su realidad, a su entorno, a su contemporaneidad. Aquí está el papel preponderante de los sentidos corporales: que ellos nos mantienen en constante contacto con lo inmediato de nuestra vida, hablando del ámbito externo. Esto hace que el hombre viva atento a lo que le rodea, tanto a la creación como a la producción³. Es un actor participativo en su historia, lo que nos lleva a otra característica del hombre exterior, éste está inserto en un tiempo y un espacio determinados. El cuerpo es temporal y espacial, esto nos indica un aspecto del hombre muy interesante, el

³ Para san Agustín, todo cuanto hay remite su existencia a Dios como Creador, incluso aquello que es obra de los hombres, tan solo se puede considerar como producción de éste, pues haciendo una regresión en su manufactura, la materia prima ha sido creada por Dios.

hombre es un ser histórico-presente, que se desarrolla y vive una historia, y que es también parte de una historia superior, contemplada desde la eternidad.

Uno de los temas más atractivos en san Agustín es, justamente, el tiempo y la historia. Para nuestra investigación sólo desarrollaremos algunos aspectos que nos indican su importancia en la concepción del cuerpo en el pensamiento agustiniano: “[...] *ha hecho surgir el tiempo de un momento inicial; y al hombre, que nunca antes lo había hecho, lo hizo en el tiempo, no en virtud de una decisión nueva e improvisada, sino inmutable y eterna.*” (San Agustín, *Civ. Dei*, XII, XIV)

En el segundo capítulo de esta investigación, veremos como en el Paraíso, el hombre fue creado como cuerpo y alma, unidad perfecta, y así fue creado en el tiempo. Un tiempo, en cierto aspecto, inserto en la eternidad. El espacio y el tiempo del cuerpo interpretan también un orden universal, en el cual está también inmerso el hombre, cada cuerpo tiene su espacio, y su pasar en el tiempo:

“Cuando cada uno de estos seres está en el puesto que le corresponde, y gracias a la muerte de unos pueden nacer los otros; cuando los más débiles sucumben ante los más fuertes, contribuyendo los vencidos a perfeccionar a los vencedores, se da entonces el orden de los seres transitorios.” (San Agustín, *Civ. Dei*, XII, IV)

Si bien este extracto se refiere directamente a los seres animales, podríamos aplicarlo al escenario del hombre, donde ciertamente la vida toma ese sentido de orden, donde cada uno tiene su espacio y su tiempo. El hombre vive su presente, como el constante paso del tiempo por su vida, y el espacio que abarca lo limita con lo externo, con los demás, con su entorno. Hemos considerado el cuerpo como algo temporal y espacial, pero veremos más

adelante, que esta condición, a la que somos sometidos por la corrupción y la muerte, espera su restitución a su primitivo estado.

Siguiendo con nuestra investigación sobre el cuerpo en san Agustín, encontramos que al hombre se le considera un “*homo totus*”⁴, donde en ese todo humano se puede contemplar el alma y el cuerpo. Estos dos componentes del hombre van unidos y funcionan de manera pareja, aunque el alma sea considerada origen y vínculo de la unión de estos dos elementos.

Esta unión, mencionada anteriormente en este capítulo, implica la plenitud del ser hombre, es la unidad de su misma naturaleza. San Agustín lo repite en varias veces, sobre todo en Ciudad de Dios: “*La unión del cuerpo con el alma, para que un hombre sea entero y pleno, lo conocemos por el testimonio de nuestra misma naturaleza*” (San Agustín, *Civ. Dei*, X, XXIX) “*El hombre no es el cuerpo solo ni el alma sola, sino compuesto de alma y cuerpo*”. (San Agustín, *Civ. Dei*, XIII, XXIV)

Comprendamos que alma y cuerpo van unidos, y que esa unidad compone lo que se entiende como “el hombre”, sin desprestigiar ni perjudicar una a la otra. Siguiendo esta unidad, podemos identificar algunas características propias del ser del hombre:

- El hombre es un “*animal racional mortal*” (San Agustín, *Civ. Dei*, XVI, VIII, 1). Esta definición nos revela dos elementos constituyentes de la naturaleza humana: la racionalidad del hombre se encuentra en el alma, y su mortalidad se refiere al cuerpo corruptible.

⁴ El doctor Francisco Rego, profesor de Filosofía Medieval de la Universidad Nacional de Cuyo y de la Pontificia Universidad Católica Argentina Santa María de los Buenos Aires, analiza la doctrina del “*Homo Totus*” en su libro *La relación del alma con el cuerpo*, especialmente en el capítulo X. Desde la filosofía agustiniana analiza la unidad del hombre, alma y cuerpo.

- Distintos elementos componen al hombre: *“Tanto por el alma como por la carne, que son partes del hombre, puede significarse el todo que es el hombre.”* (San Agustín, *Civ. Dei*, XIV, IV, 2) San Agustín manifiesta claramente los componentes del hombre, alma y cuerpo, como la unión que define al hombre, contemplamos al hombre como un todo. Cuando se refiere a hombre incluye varón y mujer. En otras ocasiones también hablará de la carne refiriéndose al cuerpo.
- El cuerpo es un elemento esencial en el hombre: *“Es el cuerpo algo más que un simple adorno o un instrumento.”* (San Agustín, *Civ. Dei*, I, XIII) El cuerpo no es objeto del rechazo para san Agustín, al contrario, es el elemento que asemeja en la acción a las demás creaturas inferiores a los ángeles. Esta corporalidad se ve redimida en la Encarnación de Cristo, donde El mismo toma las afecciones y necesidades mortales, pero sin dejar de lado su divinidad.

La corporalidad es también una dimensión donde el hombre puede relacionarse consigo mismo, en cuanto se siente creatura creada a imagen de Dios. Y es la ventana por la cual el hombre se refleja y observa lo exterior. Esto caracteriza y potencia la pertenencia común a la especie humana, donde nos vemos como semejantes unos con otros. Lo que también nos ayuda a una superficial diferenciación con los animales inferiores. Interesante esta propuesta de lo corpóreo como un puente que nos vincula primitivamente a los demás seres humanos. San Agustín comprende esta unidad al género humano desde las Escrituras, y fundamenta ese vínculo por la descendencia de un solo hombre.

“Todos, en efecto, estuvimos en aquel hombre único cuando todos fuimos aquel único, que fue arrastrado al pecado por la mujer, que había sido hecha de él antes del pecado. Aún no se nos había creado y distribuido a cada uno la forma en que habíamos de vivir, pero existía ya

la naturaleza seminal de la cual habíamos de nacer.” (San Agustín, Civ. Dei, XIII, XIV)

El principio activo de la unidad del hombre es el alma, por ser el motor de las actividades orgánicas y espirituales. Este privilegio del alma se encuentra en sus dos características principales: ser inmaterial y por sus facultades intelectuales.

Para la integridad del hombre, alma y cuerpo funcionan unidos recíprocamente en la intimidad del ser: *“ambos, cuerpo y alma, favorecen mutuamente la paz que guardan entre sí.” (San Agustín, Civ. Dei, XIX, XIV)*

El alma se establece en el orden espiritual, mientras que el cuerpo en el orden orgánico, los cuales convienen a un mismo todo humano. Las funciones orgánicas e intelectuales deben manejarse de manera armoniosa, pues unas influyen sobre las otras. Así como el alma influye en el cuerpo, el cuerpo influye en el alma. Esta funcionalidad armoniosa san Agustín lo explica: *“En cambio, el alma lleva con más facilidad los miembros robustos de su carne, si gozan de buena salud, que los flacos en la enfermedad”.* (San Agustín, Civ. Dei, XIII, XVIII) Entonces, es el hombre la unidad armoniosa del cuerpo y el alma, ni solo cuerpo, ni sola alma, sino que ambos en la unidad que permite al hombre ser lo que es.

Resumiendo un poco esta sección, citaremos un extracto de san Agustín donde podemos leer qué es el hombre exterior:

“Cuanto de común tenemos en el alma con los animales, se dice, y con razón, que pertenece aún al hombre exterior. No es solamente el cuerpo lo que constituye el hombre exterior: le informa un principio vital que infunde vigor a su organismo corpóreo y a todos sus sentidos de los que está admirablemente dotado para poder percibir las cosas externas; al hombre exterior pertenecen también las imágenes, producto de nuestras

sensaciones, esculpidas en la memoria y contempladas en el recuerdo. En todo esto no nos diferenciamos del animal sino en que nuestro cuerpo es recto y no curvado hacia la tierra.” (San Agustín, De Trin., II, I, 1)

Siguiendo con nuestro plan de investigación, en la próxima sección veremos algunos argumentos, extraídos del cristianismo, que toma san Agustín para confiar importancia y protagonismo al hombre exterior.

II. FUNDAMENTACIÓN DEL VALOR DEL “HOMBRE EXTERIOR”

***“Despojados de la estola de la inocencia
merecen vestir en su mortalidad zamarras de pieles.***

***El verdadero honor del hombre consiste
en ser imagen y semejanza de Dios,
y sólo el que la imprimió puede custodiarla.”***

(De Trin., XII, XI, 16)

San Agustín se desenvuelve en los primeros siglos del cristianismo, y si queremos entenderlo a cabalidad, debemos comprender que gran parte de sus escritos son desarrollados en una teología que recién se está formando. Con sus estudios, san Agustín logra dar a la teología católica ciertas bases que buscan el diálogo entre la fe y la razón, por eso recurre en la revelación de las Escrituras y a escritos filosóficos. Aun cuando en esta investigación quisiéramos únicamente tomar los elementos de la razón y del pensamiento filosófico, en san Agustín es casi imposible separar sus ideas de la fe que con tanta pasión defendía.

El valor del hombre exterior en la filosofía agustiniana toma un sentido mayor, al momento de considerar ciertas verdades del cristianismo. Un primer elemento sería la Encarnación Verbo, el hecho de que Dios mismo se haga hombre para redimir al hombre, es una forma de enaltecer la naturaleza humana. Otro aspecto, es lo incorpóreo del diablo, y siendo éste el origen de la tentación y del mal, se nos cuestiona si realmente es el cuerpo motor para la corrupción del hombre. Por último, analizaremos la dependencia del cuerpo hacia el alma, desde donde viene la corrupción y caída de la naturaleza humana. Veamos cómo estos tres elementos convergen en uno solo: el valor del cuerpo humano para san Agustín, y con ello, su importancia en la filosofía cristiana.

2.1. *La Encarnación del Verbo*

En una religión donde la figura principal de encarnó, claramente el tema del cuerpo tendría una importancia especial: *“El Verbo se hizo carne y puso su morada entre nosotros.”* (San Juan 1, 14a) Para san Agustín, este evento tendrá un valor de sobremanera importante, al momento de hablar de la redención del hombre, incluyendo la redención del cuerpo. Esta Encarnación sería un beneficio para la naturaleza humana, pues nos viene a mostrar la restauración a la que está llamado el hombre:

“[...] se dignó tomar íntegramente al hombre, haciéndose carne y habitando entre nosotros. Pues así manifestó a los hombres carnales, ineptos para la contemplación intelectual de la verdad y entregados a los sentidos corporales, cuán excelso lugar ocupa entre las criaturas la naturaleza humana, pues no sólo apareció visiblemente- y eso podía haberlo hecho tomando algún cuerpo etéreo, ajustado y proporcionado a nuestra capacidad, sino se mostró entre los hombres con naturaleza de verdadero hombre.” (San Agustín, *De v. rel.*, XVI, 30)

Este beneficio salvífico, de que Dios haya escogido hacerse hombre para rescatar al mismo hombre, se entiende desde la historia de la salvación. Decíamos que el hombre es como tal un ser histórico-presente, que se desenvuelve en un momento específico del tiempo, pero inserto en algo superior. San Agustín desarrolla algunas etapas en la historia de la humanidad: *hombre creado, hombre caído, hombre redimido, y hombre glorificado*. El hombre creado en el Paraíso, tiene alma y cuerpo incorruptible. El pecado posterior de Adán y Eva, y el consecuente castigo lo hacen ser el hombre caído. Para restaurar la naturaleza humana, Cristo se hace hombre y cumple el deseo del Padre haciendo del hombre un ser redimido. Con esto último, el hombre vuelve a su estado primitivo, y vive en un cuerpo glorioso, sin afecciones ni corrupción, tal como fue pensado y creado.

Es interesante ver la línea evolutiva del hombre, pues en ella se manifiesta no solo la historia universal, sino también el desarrollo de la naturaleza humana. La necesidad del hombre caído, es la virtud del hombre glorificado, luego de haber sido redimido en su naturaleza creada. Este es el camino que Dios quiso para el remedio del hombre. *“¡Oh medicina que para todo vale, reduce todos los tumores, purifica todas las podredumbres, corta todas las excrecencias, conserva todo lo necesario, repara todo lo perdido, corrige todo lo depravado!”* (San Agustín, *De ag. christ.*, XI, 12)

Queremos analizar este punto, pues la importancia de un Dios encarnado, nos indica que el hombre quiere ser redimido, o mejor dicho, re-dignificado, en su plenitud como ser. No es un asunto del mero crecimiento espiritual, sino que se aplica al cuerpo, un partícipe activo de la evolución salvífica del hombre. Incluso, el cuerpo es el signo visible más inmediato de cada una de estas etapas. Vemos a un hombre incorruptible, a un hombre mortal, a un hombre restaurado pero mortal, y finalmente a un hombre nuevamente incorruptible. La corrupción actual del hombre, de la cual viene a redimir Cristo, es consecuencia directa del escenario del Paraíso. *“No es ésta la vida constitutiva del hombre creado, sino el castigo consecutivo del hombre condenado.”* (San Agustín, *De cont.*, VIII, 21) El hombre, por su misma naturaleza, busca y anhela volver a su condición plena. *“[...] y ya permanecerán para siempre ambas sustancias buenas, espíritu y carne, pues las creó buenas, aunque mudables, el Señor bueno e inmutable.”* (San Agustín, *De cont.*, VIII, 21)

En la Encarnación, se reconoce también la participación del varón y la mujer, puesto que siendo ambos responsables de su caída, ambos serán rescatados:

“Levante su esperanza el género humano y reconozca su naturaleza. Vea qué alto lugar ocupa entre las obras de Dios. No os menospreciéis, ¡oh varones!, el Hijo de Dios asumió al varón. No os menospreciéis, ¡oh

mujeres!, el Hijo de Dios nació de mujer.” (San Agustín, De ag. christ., XI, 12)

La importancia de la restauración de la naturaleza humana radica en que el hombre glorioso también tendrá cuerpo, pues si en un principio fue creado así, su redención consiste en la restauración a su estado primero, alma y cuerpo unidos. Este cuerpo nuevo será glorioso, como lo llama san Agustín. Un atisbo de esta realidad futura sería la resurrección de Cristo, donde el sienta el primero de todos, le da al hombre la oportunidad de volver a su naturaleza primigenia. La participación del cuerpo está fundada en el origen mismo de la humanidad, viéndolo desde la perspectiva cristiana. El hombre ha sido pensado con un cuerpo, y será redimido con un cuerpo. Es interesante que esta concepción del hombre, nos remita nuevamente a la idea de unidad, a la concepción de que el hombre es uno, y no dividido. El cuerpo es parte de la unicidad del hombre, y sin él, el hombre se ve incompleto.

La Encarnación del Verbo, entonces, nos indica la re-dignificación en el cristianismo del ser humano, y con mayor potencia, del cuerpo humano. Un dios que ha escogido presentarse a los hombres como otro hombre más, sin haber perdido su divinidad, no revela el lugar privilegiado que ocupa el ser humano en el orden de la creación. Si el cuerpo humano ha sido merecedor de llevar al Hijo de Dios, claramente la importancia del cuerpo es más que un elemento de utilidad al intelecto, más allá, es un vínculo con el exterior, sin el cual, el alma estaría incompleta en sus conocimientos, incluso, en el conocimiento de Dios.

El fin de la Encarnación del Verbo está en la resurrección del hombre glorificado. *“Y con su resurrección de entre los muertos mostró bien que de la naturaleza humana nada perece, porque todo lo salva Dios, y cómo todas las cosas sirven a su Creador.” (San Agustín, De v. rel., XVI, 32)* El elemento de la restauración nos indica lo necesario de la unidad del hombre, éste fue creado

en armonía alma y cuerpo, y para sanar corrupción que le llegó por su pecado, le es devuelta su condición primera. Este será el hombre glorificado, en un cuerpo celestial. De materia como la actual, pero libre de las afecciones.

“Entonces ya no será el hombre terreno, sino celestial: no porque deje de ser el mismo cuerpo hecho de tierra, sino porque, merced a un beneficio del cielo, será de tal calidad que esté adaptado para habitar el cielo, no por la pérdida de su naturaleza, sino por la transformación de sus propiedades.” (San Agustín, Civ. Dei, XIII, XXIII, 1)

El hombre queda redimido por la obra redentora de Cristo, el cual siendo el primer resucitado en cuerpo glorioso, nos da a gustar de la futura condición del ser humano. Es interesante, en este aspecto, que Cristo se hizo hombre en plenitud, pero sin dejar llevar su voluntad por las afecciones terrenales.

“En verdad, el primero es el cuerpo animal, como lo tuvo el primer Adán, aunque no había de morir si no hubiera pecado; como lo tenemos también nosotros ahora, cambiada y viciada su naturaleza hasta el punto de quedar sometido, después del pecado, a la necesidad de la muerte; como se dignó tenerlo también originariamente por nosotros Cristo, no necesaria, sino libremente.” (San Agustín, Civ. Dei, XIII, XXIII, 2)

La Encarnación del Verbo es el punto culmen del plan divino, para que el hombre sea glorificado según su propia naturaleza, y no en contra de ella. Una hermosa consideración agustiniana, la redención está en la misma naturaleza, en lo más primitivo del hombre, en su ser original.

2.2. La incorporeidad del diablo

Uno de los temas novedosos en el pensamiento agustiniano es la despenalización del cuerpo con respecto al pecado. El cuerpo no es responsable de la condena del hombre, como en muchas tradiciones se ha querido decir: al contrario, es el alma la que lleva la culpa de la corrupción.

“Si alguien dijere que la carne es la causa de todos los vicios en las malas costumbres, justamente porque el alma, tarada con la carne, vive así, indudablemente no se ha fijado en toda la naturaleza del hombre. [...] Quienes piensan que todos los males del alma proceden del cuerpo están en un error.” (San Agustín, Civ. Dei, XIV, III, 1)

Una razón por la cual san Agustín dice esto es porque si es el cuerpo quien nos arrastra al pecado, entonces podemos justificar al diablo, quien no tiene cuerpo, entonces no podría pecar, puesto que es un ser angélico, cuya naturaleza está pervertida por su propia soberbia. Si bien este fundamento está basado en lo que hasta ese momento se consideraba una teología en estado inicial, no podemos dejar de tomar en cuenta el rol primordial del cuerpo en este asunto, y como se salvaguarda su integridad como tal, reconociendo que en él no hay motor ni tendencia al pecado.

Algo parecido vimos en la sección anterior, el cuerpo tiene sentidos corpóreos que nos vinculan con el exterior, pero no por eso nos obligan a fijar nuestra contemplación en los estímulos externos, antes bien, el alma prudente usará lo que recibe para buscar y contemplar la Verdad Eterna. *“La razón es que la corrupción, que apesga al alma, no es la causa del primer pecado, sino la pena; ni la carne corruptible hizo ser al alma pecadoriza, sino que el alma pecadoriza hizo ser corruptible a la carne.” (San Agustín, Civ. Dei, XIV, III, 2)*

El principio del pecado es la mentira, que es vivir según uno mismo. *“No vivir como su condición exigía que viviera, eso es la mentira. Quiere ser feliz, pero sin vivir de manera que pueda serlo, y ¿qué hay más mentiroso que este querer?” (San Agustín, Civ. Dei, XIV, IV, 1)* Entonces, el motor de la corrupción que afecta al hombre caído no proviene de su cuerpo, sino que de mentir a su propia naturaleza. El hombre no vive de acuerdo al plan original para que el Dios lo creó, sino que afectado por la corruptibilidad, tiende su ser a las afecciones corporales y externas, dejando de lado la búsqueda de su más

íntima identidad, que está en su interior. Este ser del hombre, san Agustín lo identifica con la búsqueda de Dios, esta sería la verdadera felicidad del hombre, las aspiraciones por las verdades eternas, por aquello inmutable y superior.

“El hontanar y el principio de todos estos males es la soberbia, que reina sin carne en el diablo. [...] En efecto, no se hizo semejante al diablo el hombre por tener carne, de que carece el diablo, sino por vivir según él mismo, es decir, según el hombre. También el diablo quiso vivir según él mismo, cuando no se mantuvo en la verdad.” (San Agustín, Civ. Dei, XIV, III, 2)

Lejos de algunas doctrinas que condenan el cuerpo como un elemento negativo, opresor, y que nos arrastra al pecado, san Agustín viene al rescate de tan maravillosa obra de la creación. Con un argumento muy básico en el cristianismo nos demuestra el valor y el protagonismo del cuerpo en la estructura del hombre, incluso como un elemento posiblemente antagónico al diablo.

Para san Agustín, es sumamente importante buscar argumentos que construyan su teoría, pero sobre todo, encontrarlos en la tradición cristiana. Por un lado, nos conviene esta argumentación pues nos revela que algunas concepciones del cristianismo son convenientes para el pensamiento crítico, y mejor aún, son aportes para la reflexión filosófica actual. Por otro lado, nos muestra una cierta “reconciliación” con el cuerpo, algo tan estigmatizado al momento de hablar de la culpa y el pecado. El cuerpo vuelve a tomar su lugar, y no por algo puramente biológico, sino que por algo de la misma naturaleza del hombre.

Ciertamente, el argumento de la incorporeidad del diablo nos indica que el origen de la acción no está en el cuerpo, sino que éste es sólo un instrumento-

complemento en la vida del hombre. Y tampoco es una pena o castigo al alma, esto lo deja claro san Agustín al referirse a los platónicos:

“Una de dos: que los platónicos dejen de presentar este cuerpo como una amenaza de castigo por los delitos del alma, o que no nos estén predicando la obligación de darles culto, a tales dioses, al tiempo que nos exhortan la huida, la lejanía, cuanto sea posible de su obra, el cuerpo, siendo ambas cosas una pura patraña. En efecto, ni las almas expían sus culpas en su retorno a esta vida, ni hay otro creador de los seres animados en el cielo y en la tierra más que el autor del cielo y de la tierra.” (San Agustín, Civ. Dei, XII, XXVI)

2.3. Responsabilidad del alma sobre el cuerpo

Si bien el hombre realiza acciones a través del cuerpo, la voluntad de tales movimientos no corresponde al cuerpo, sino que al alma. El cuerpo solo responde a lo que nosotros optamos por hacer.

“El alma anima y vivifica todo nuestro cuerpo, pero siente en la cabeza con la vista, el oído, el olfato, el gusto y el tacto, mientras en los otros miembros sólo siente con el tacto; por eso todos ellos están sometidos a la cabeza para obrar, mientras ella está colocada en alto para dirigir; es que la cabeza, en cierto modo, hace las veces del alma, encargada de dirigir el cuerpo, y por eso están en ella todos los sentidos.” (San Agustín, De ag. christ., XX, 22)

Es el alma quien está puesta para dirigir al cuerpo. Es la animación que mueve el actuar de cada miembro, y este actuar está determinado por nuestra voluntad. No podemos atribuirle culpa alguna al cuerpo de nuestros actos, pues no existe conciencia de acción en él. Pareciera que hablamos de dos cosas distintas, cuerpo y alma, casi como una relación de esclavo y amo. Pero la vinculación que nos muestra san Agustín quiere ir más allá, es una unidad que complementada entre sí, actúa para el bien propio del hombre, o si se deja llevar por su soberbia atrae para sí el daño de sus errores. Aun cuando sea el

alma quien dirige nuestra acción, el cuerpo no sólo realiza, sino que también coopera con sus sentidos las distintas elecciones que se pueden tomar. Los datos entregados por el cuerpo nos relacionan con el mundo exterior, con los otros hombres, con los seres sintientes inferiores.

“Porque no movemos solamente a nuestro antojo los miembros articulados con huesos, como los pies, las manos y los dedos, sino también movemos los compuestos de nervios flácidos agitándolos, los alargamos estirándolos, los doblamos retorciéndolos y los enderezamos encogiéndolos a nuestro capricho. Así hacemos con los miembros de la boca y de la cara, que los mueve la voluntad como le place. Los pulmones, que son las vísceras más blandas, exceptuadas las medulas, y por eso resguardadas por la caja torácica para respirar y aspirar y para emitir o modificar la voz, sirven, como fuelles de órgano, a la voluntad del que sopla, respira, habla grita o canta.” (San Agustín, Civ. Dei, XIV, XXIV, 1)

Volvamos un poco atrás, cuando el hombre creado, fiel a su naturaleza, contiene en si la armonía del alma y el cuerpo. Este desobedece a Dios y cae en la corrupción. Esta corruptibilidad se manifiesta directamente en el cuerpo, pues es capaz de morir. Si la muerte tiende a la nada, el cuerpo al morir va perdiendo su ser. *“Luego el cuerpo está más sujeto a la muerte y, por tanto, más próximo a la nada” (San Agustín, De v. reli., XII, 22)*

Esta nada a la que tiende el cuerpo, es por razón de su pecado y caída, nuevamente, queremos hacer notar que la unidad cuerpo-alma es querida por Dios en su proyecto inicial. La naturaleza del hombre en su estado más puro exige esta armonía, que sería la vida según Dios, y no según el hombre. La experiencia de san Agustín lo lleva a descubrir que la búsqueda de Dios es algo que se mueve en lo íntimo del corazón humano, por eso es importante para él destacar que el estado primitivo del hombre, es esta vida según la voluntad de Dios, y no según nuestras afecciones y voluntad.

“El hombre vivía según Dios en el paraíso, corporal y espiritual a la vez. No es que hubiera un paraíso corporal por los bienes de cuerpo y no fuera espiritual por los de la mente; o un paraíso espiritual, hontanar de goces para los sentidos interiores del hombre, y no uno corporal, fuente de gozo para los sentidos exteriores. Es cierto que uno y otro existían por estos dos fines.” (San Agustín, De v. rel., XIV, XI, 2)

En el Paraíso, el hombre gozaba de esta unidad, la cual se modifica por la corrupción necesaria en la vida del hombre. Es necesaria esta corrupción o tendencia a la muerte por la condición mortal que adquiere el hombre, por su propia voluntad. De esto entendemos que, si bien el castigo cayó sobre el cuerpo, la culpa es del alma. La voluntad que inmersa en la tendencia al error, o al vivir según el hombre. San Agustín dice que el vivir según Dios es la verdad, y el vivir según el hombre es la mentira. El considerar que la vida según “la carne” es mentirse a uno mismo, es porque va en contra de su propia naturaleza, lo que haría de su vida una mentira. En cambio, la vida según Dios, es parte de lo que está inserto en el corazón del hombre, lo más íntimo y propio a la naturaleza humana sería este querer vincularse con Dios.

“Enamorada el alma de su poder, olvida el bien universal y se desliza hacia el interés privado; [...] Cuanto haga, impulsada por un interés particular, en contra de las leyes que rigen el orbe, lo ejecuta por medio del cuerpo que parcialmente posee; y así, complacida en estas formas y movimientos corpóreos, no poseyéndolos en su interior, se enreda en las imágenes grabadas en su memoria y se enloda torpemente en la fornicación de su fantasía, refiriendo a estos fines bastardos todas sus actividades; fines que busca con curiosa diligencia en los bienes corporales y temporales mediante los sentidos del cuerpo; o con hinchada altanería afecta ser más excelsa que las almas esclavas de las sensaciones del cuerpo, o se sumerge en las marismas cenagosas del placer de la carne.” (San Agustín, De Trin., XII, IX, 14)

El error o perturbación del alma está en quedarse fija en un estadio evolutivo espiritual, y no proseguir hasta el final divino. El fin salvífico de restaurar la humanidad, quiere volver a vincular al hombre con Dios, y su búsqueda parte

desde su interior. El cuerpo recibe los estímulos corpóreos externos, los que son básicos para la vida, y por el fin último de perseguir la verdadera felicidad (la búsqueda de Dios), se entiende que cuanto recibamos de lo exterior debe ayudarnos a seguir nuestro camino a Dios. Si nuestra atención se detiene en las cosas externas, las afecciones propias de la naturaleza corrompida, no nos dejarán en libertad para contemplar a Dios. Creemos interesante esta idea de usar al cuerpo como un instrumento que ayude al alma en el camino del plan salvífico de Dios. El cuerpo comienza a tener un rol importante en la redención del hombre, pues a través de lo que percibe puede ir encontrando algunos signos que lo lleven en su búsqueda interior. El alma toma los medios como fines, y trabaja forzosamente por estos fines, sin encontrar en ellos la felicidad. Estos fines son los estímulos de los sentidos corpóreos, que nos comunican la realidad externa:

“Pero si el alma se afana por conseguir lo que por el cuerpo percibe y obra movida por deseos de experiencia, de distinción, de contacto, y en ellas pone el fin de su bien, haga lo que haga, su acción es torpeza; y fornicia pecando contra su propio cuerpo, y en su interior se apodera de los simulacros falaces del mundo corpóreo y los combina con vano trabajo, hasta o parecerle fuera de esto nada divino; y así, avara en secreto, es fecunda en errores y , pródiga en privado, queda exhausta de fuerzas.” (San Agustín, De Trin., XII, X, 15)

La corrupción del hombre, a causa de su culpa, no exige que su naturaleza sea mala. Y si tiende al pecado o la mentira no dice que su esencia esté también corrompida. Para san Agustín, ninguna sustancia o esencia es mal, esto porque el vicio o corrupción que afecta la voluntad del alma no es propia de su naturaleza, la cual habiendo sido condenada a la mortalidad, por su pecado, no es mala pues viene de quien es Bueno. La naturaleza del hombre no ha sido destruida ni modificada, sino que es la culpa de su pecado, la que toca con mortalidad y corrupción la vida del hombre.

Y siendo más específicos aún, es la responsabilidad del alma, la que provoca en el cuerpo tales desdichas. Insistimos, no por esto el hombre sea de naturaleza mala. Este cuerpo que tiende a la muerte, no lleva las mismas características que el cuerpo primero, pues no tiene armonía ni unión perfecta con el alma. Por eso, en muchas tradiciones se ha visto al cuerpo como una limitante del alma, pero en la filosofía agustiniana veremos que no es así, sino que es el cuerpo corrompido una afección para el alma, pero solo en cuanto es temporal y caído. Incluso, en varios textos indica como ejemplos aquellas personas que saber vivir, no dejándose llevar por los estímulos recibidos de los sentidos corporales, sino más bien, utilizar esta información para riqueza del alma, pues el cuerpo está a su servicio, ya sea para su bien o para su mal:

“[...] estando el cuerpo al servicio del alma, según lo consienten sus méritos o el orden de las cosas, no hay otro mal en toda la naturaleza sino el que se comete por culpa de cada uno. [...] Mas como el vicio del alma no es su naturaleza, sino que lo daña, conviene a saber, el pecado y su castigo, se colige de ahí que ninguna naturaleza, o mejor dicho, ninguna sustancia o esencia es mal.” (San Agustín, De v. rel., XXIII, 44)

El fin último del alma es Dios, y si ésta lleva el cuerpo hacia tal bien, se considera que esta persona actúa según su naturaleza, actúa como verdaderamente debería hacerlo el hombre. Es interesante como en san Agustín, esta búsqueda o crecimiento espiritual va de afuera hacia adentro, algo que pareciera estar al revés. Esto se debe a la misma experiencia de vida de nuestro autor, y uno de los motivos por los cuales creímos que sería la mejor fuente donde indagar sobre filosofía del cuerpo. Es el orden natural de la vida del hombre el estar atraído hacia la búsqueda de Dios. Es interesante ver que en san Agustín, a causa de su experiencia personal, hay una conexión hermosa entre el cuerpo y el alma, ambos se potencian en la búsqueda de la Verdad Eterna, y aún si quisiéramos prescindir del concepto de “Dios”, podríamos decir que el hombre por su naturaleza se eleva a lo sublime, en su esencia está la

búsqueda de lo Bueno, lo Bello y lo Verdadero. En esto se demuestra la responsabilidad del alma sobre el cuerpo, pues este deseo de búsqueda viene de lo más profundo de la naturaleza del hombre, y es el alma la que debe utilizar al cuerpo para este fin. Un fin que prevé lo que será su cuerpo en el futuro.

“Así toda criatura corporal, cuando sólo es poseída por el que ama a Dios, es bien último y, en su género, hermoso, porque lleva impresa una forma o especie; en cambio, cuando es amada por un alma negligente en el servicio divino, ni aun entonces se truca en mal, sino, siendo malo el desorden con que la ama [...]” (San Agustín, De v. rel., XX, 40)

Habíamos dicho que en el hombre, para san Agustín, se puede describir un proceso evolutivo que va desde el hombre creado, pasando por el hombre caído y el hombre redimido, para poder llegar al final de los tiempos al hombre glorioso. Este hombre caído, sobre el cual pesan las culpas de su propio pecado, busca ser redimido por Dios. Luego, por la muerte y resurrección de Cristo, es redimido, y se le devuelve la oportunidad de ser como fue al principio. Un punto crucial que nos sirve para entender la diferencia y la importancia de que el hombre vuelva a su naturaleza es la muerte. El hombre redimido, aún tiene las ataduras de la muerte, por la cual es desgarrado el cuerpo del alma, esa unidad que Dios pensaba en el hombre como algo perfecto y bueno. Esa es la espera del hombre, volver a su naturaleza primitiva, a lo que tiende su esencia, sin ser afectado por la corrupción. “[...] del Ser inmutable y único en cuyo seguimiento no hay yerro y cuya posesión no acarrea amargura alguna. Antes bien, traerá como resultado la redención del cuerpo, cuando será vestido de gloriosa inmortalidad.” (San Agustín, XXI, 41)

La gloriosa inmortalidad de la cual el hombre será revestido, se funda en la resurrección de Cristo, él es el primer resucitado, y al final de los tiempos, nosotros seremos resucitados para la vida gloriosa o para la segunda muerte.

Esta incorruptibilidad que le será devuelta al cuerpo del hombre, cuya pérdida fue responsabilidad del alma, es su misma responsabilidad recuperarla. San Agustín rescata la importancia del cuerpo, desde su participación con el alma, y el premio final que le espera, si el hombre es consciente del camino que debe seguir.

“De lo dicho se colige que después de la muerte corporal, que es débito del primer pecado, a su tiempo, y según su orden, este cuerpo será restituido a su primitiva incorruptibilidad, que poseerá no por sí mismo, sino por virtud del alma, afianzada en Dios. La cual tampoco recobra su firmeza por sí misma, sino por el favor de Dios, que constituye su gozo, y, por lo mismo, logrará más vigor que el cuerpo.” (San Agustín, De v. rel., XII, 25)

CONCLUSION

Ciertamente, una de las primeras impresiones de la gente, cuando se menciona el estudio de la filosofía, es el interés por la pregunta; ¿quién o qué es el hombre? Una cuestión sensata e íntima en la naturaleza humana, pues queremos conocer nuestro origen, nuestro ser, nuestros vínculos, etc. Cuando nos propusimos este tema de investigación, teníamos en mente estas mismas inquietudes, y cómo la filosofía agustiniana podía dar alguna respuesta, más o menos contundente para el hombre común. Una de las motivaciones de esta investigación es que consideramos que el pensamiento de san Agustín tiene una palabra que decir al hombre contemporáneo.

Contemplamos la filosofía agustiniana, y se nos revela un hombre que tenía las mismas preguntas en su mente, cuestiones que lo impulsaban a desarrollar con mayor potencia su inteligencia. Decidimos tomar a san Agustín, para también fundamentar nuestro trabajo en el pensamiento de un filósofo cristiano, y sin duda no podríamos haber encontrado otro con una experiencia humana tan grande. *“Entonces me dirigí a mí mismo y me dije: ¿Tú quién eres? Y respondí: Un hombre. He aquí, pues, que tengo en mí prestos un cuerpo y un alma; la una, interior; el otro, exterior.”* (San Agustín, Conf., X, VI, 9) Una pregunta natural en cada uno de nosotros, y una respuesta que nos lleva a considerar qué elementos componen el “ser hombre”. San Agustín nos ofrece una respuesta en la estructura del hombre interior y el hombre exterior.

Queremos que este trabajo de investigación responda a los requerimientos dentro de un diálogo con la filosofía del cuerpo. Esto desde los elementos que nos entrega san Agustín, que creemos son de gran utilidad para ampliar la perspectiva del hombre desde esa disciplina filosófica.

San Agustín nos ofrece una mirada distinta sobre el cuerpo, él intenta fundamentar a través de la razón y la fe, una unidad que se ve y se entiende armoniosa. Al momento de contemplar al hombre como un todo, se comprende plenamente la distribución y función del alma y del cuerpo. Este orden establecido para el hombre, nace también del orden de la creación, podríamos, entonces, comprender al hombre como un todo, pero inserto en algo mucho más grande y complejo. Si vemos los noticieros, podemos darnos cuenta que no comprendemos nuestro lugar en el mundo, y mucho menos comprendemos el lugar del otro para nosotros mismos. Nos cuesta desarrollar una reflexión hacia la intimidad de nuestra naturaleza, muy distinto al proyecto agustiniano, nos desenvolvemos hacia lo externo, y nos esparcimos solamente en una realidad corporal.

En la vida agustiniana, como decíamos, el ritmo es distinto, es del exterior hacia el interior, sin desvalorizar la experiencia que podemos recibir de los sentidos corpóreos, pero siempre en unión con el alma y sus fines. En un pensar filosófico actual, claramente esta concepción del cuerpo daría respuesta a las inquietudes del hombre, pues ¿no es acaso una función de la filosofía responder a las cuestiones que deambulan en la razón humana? Contemplemos al hombre como un todo, una preciosa unidad que refleja el orden mismo del universo. Esto nos llevaría a una responsabilidad y compromiso con nuestro actuar en la vida cotidiana, pues el cuerpo es nuestro compañero del día a día, cumplamos también nuestra misión con él, sin desapegarlo de lo que enciende nuestros corazones, como el primer propósito de la naturaleza del hombre, y el más íntimo y concreto: tomar las experiencias corpóreas para buscar lo que más elevado hay, aquello que solo con la sabiduría del alma podemos contemplar. Ser testigos del espacio, tiempo, forma, sentidos y funciones del cuerpo, nos hace tener conciencia del orden y la unidad de la que somos parte.

Pocas veces el hombre se concentra a mirar su historia y su función en ella, el malgastar del tiempo es algo que nos desconcentra de nuestro primer fin. El hombre se debe considerar histórico-presente, pues ciertamente es parte de una eternidad, a la que también está llamado a vivir en su cuerpo glorioso, pero que en este espacio-tiempo limitados, le constituye en un ser presente. Admirar la fugacidad del tiempo, nos introduce en la idea de la finitud de nuestra materia, la tendencia a la nada por la acción de la muerte, pero con ello, nos hace conocer la eternidad. Cada gota de tiempo que pasa, es lo que queda en el pasado, y el futuro aún no es. Este constante movimiento del tiempo, que nos hace vivir un presente fugaz pero permanente, desarrolla en el hombre la característica de construir la historia desde su propia finitud y temporalidad. No se puede entender al hombre, sin entenderlo en un punto específico de la historia, tanto salvífica como secular, pues esto le hace adquirir características y respuestas distintas. Los sentidos corporales siempre son los mismos, pero los estímulos y experiencias que recibimos por ellos, va cambiando según nuestra historia y espacio. Otro aporte a la filosofía del cuerpo, es esta conciencia que debe tener el hombre sobre el tiempo, sobre todo el novedoso concepto del tiempo que desarrolla san Agustín.

En el concepto de tiempo, el hombre también empieza a desarrollar su identidad en la historia salvífica que nos presenta Agustín. Si bien este elemento está cargado de matices religiosas, hay un punto muy interesante que ciertamente ayudará a la reflexión filosófica actual: el hombre busca y anhela su estado puro de naturaleza, esta búsqueda la proyectamos en el conocer a Dios. La naturaleza humana, en su pureza y armonía, busca la redención y su restauración.

“Por mi alma misma subiré, pues, a él. Traspasaré esta virtud mía por la que estoy unido al cuerpo y llena su organismo de vida, pues no hallo en ella a mi Dios. Porque, de hallarle, le hallarían también el caballo y el

mulo, que no tienen inteligencia, y que, sin embargo, tienen esta misma virtud por la que viven igualmente sus cuerpos.” (San Agustín, Conf., X, VII, 11)

El hombre, a diferencia de las bestias, tiene en su inteligencia la necesidad de buscar a Dios, de buscar su naturaleza restaurada. Un estado que toma características específicas en el cuerpo corruptible. Es interesante esta propuesta de querer nuestra naturaleza primitiva, porque esta es la unidad perfecta entre el cuerpo y el alma, donde no existe la corrupción que lleva a la muerte. El hombre no quiere morir, y eso manifiesta su necesidad y dependencia del cuerpo con el alma, y del alma con el cuerpo. La muerte es dolorosa porque separa aquello que por instinto desea estar unido, este rasgar de dos elementos que por su misma naturaleza son uno solo: el hombre. Entonces, se nos indica que el hombre como estructura de su ser es cuerpo y alma, y ambos juntos, en una identidad y persona. Este elemento de unidad y dependencia desde la naturaleza del hombre, es interesante para desarrollar una reflexión en torno a la muerte, y nos ayuda a comprender esa íntima unidad que conforma al hombre.

En este trabajo de investigación, hemos visto que algunos elementos se repiten constantemente: unidad, orden, tiempo, estructura, naturaleza, corrupción, cuerpo, alma, etc. Estos conceptos nos han ido mostrando la identidad del hombre desde san Agustín, lo que posiblemente en una investigación más desarrollada, podría llegar a ser una Teoría de la Vida desde la filosofía agustiniana, lo que sería un gran aporte para la filosofía actual, pues no deja ideas de lado, sino que construye la figura del hombre desde su totalidad. Analiza la estructura del hombre desde lo exterior a lo interior, y comprende a este hombre como una unidad armónica: *“El hombre interior es quien conoce estas cosas por ministerio del exterior; yo interior conozco estas cosas; yo, ego animus, por medio del sentido de mi cuerpo.” (San Agustín, Conf., X, VI, 9)*

Lo que a nosotros nos interesaba específicamente era el hombre exterior (cuerpo), y san Agustín abunda en explicaciones y comentarios que describen este elemento tan propio del ser humano. Agustín nos deleita con una verdadera filosofía del cuerpo (o mejor dicho una filosofía del hombre exterior), desde el pensamiento cristiano, lo que lleva sus méritos y exigencias para la reflexión en la filosofía actual. El ser hombre es unidad, y ha sido pensado, creado y amado en esta unidad.

BIBLIOGRAFIA.

SAN AGUSTÍN (*De trin.*), *Obras*, editadas por Luis Arias O.S.A. Madrid: B.A.C., 1968. Vol. V.

SAN AGUSTÍN (*De cont.*) *Obras*, editadas por P.. Lope Cilleruelo, O.S.A. Madrid, B.A.C., 1973. Vol. XII.

SAN AGUSTÍN (*De ag. Christ.*), *Obras*, editadas por Félix García O.S.A. et al. Madrid: B.A.C., 1973. Vol. XII.

SAN AGUSTÍN (*Civ. Dei*), *Obras*, editadas por Victorino Capánaga O.R.S.A. Madrid: B.A.C., 2004. Vol. XVI-XVII.

SAN AGUSTÍN (*Conf.*), *Obras*, editadas por Angel Custodio Vega O.S.A. Madrid: B.A.C., 1991. Vol. II.

SAN AGUSTÍN (*De v. rel.*), *Obras*, editadas por Victorino Capánaga O.R.S.A. et al. Madrid: B.A.C., 1975. Vol. IV.

BIBLIA de Jerusalén (1999), *edición dirigida por José Angel Ubieta López. Barcelona: Desclée De Brouwer.*

REGO, F. (2001). *La relación del alma con el cuerpo: una reconsideración del dualismo agustiniano.* Buenos Aires, Argentina: Ediciones Gladius.